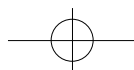
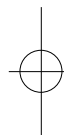
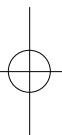
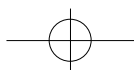
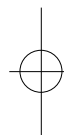
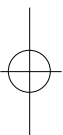




HOMENAJE A LOS COETÁNEOS





CORREO PARA LA MUERTE

LEOPOLDO DE LUIS

Un poeta injustamente olvidado, Ramón de Garciasol, escribió un libro con este título. Recoge cartas testimoniales dirigidas a muertos queridos. Comentarios críticos, ensayos poéticos, recuerdos entrañables. Testamentaria del tiempo. Garciasol era el escritor más dotado de nuestra generación: poeta profundo, prosista riguroso, hombre de cultura y de pensamiento. Como humanista, el título de su primer libro de versos lo define: *Defensa del hombre*. Muerto en 1994, quedó – como es frecuente en nuestra sociedad desatenta e injusta – condenado por la indiferencia y fusilado por el olvido. No lo merecía. Su *Correo para la muerte* es un ejercicio de fe en la amistad y un fervor por los valores literarios. Amigo de Miguel Hernández, en la Valencia de 1938 ayudó a revisar pruebas de *El hombre acecha*, libro nonato cuyos pliegos fueron destruidos por el ejército vencedor de la guerra civil. Tipografía Moderna, calle de Avellanas, 9. Extraña, sin embargo, que el índice de *Correo para la muerte* no incluya un capítulo para Miguel. ¡Coincidían en tantas cosas! Por lo pronto, eran tocayos. El nombre civil de Ramón de Garciasol era Miguel Alonso Calvo, embozado en la posguerra por el seudónimo que presidió todos sus libros. Miguel es nombre con estirpe literaria. Ya decía Don Antonio Machado, el bueno, que algún día habrá que consagrar España al arcángel San Miguel, y aludía a Miguel Servet, a Miguel de Molinos, a Miguel de Cervantes, a Miguel de Unamuno. Yo añadiría a Miguel Hernández y a Miguel Alonso. Coincidieron ideológicamente. Como muchos jóvenes de entonces, pasamos por el marxismo y nos encuadramos en el ejército de la República durante la guerra. El libro *Correo para la muerte* se acabó de imprimir el 24 de marzo de 1973: a cuatro días del trigésimo primer aniversario de la muerte de Hernández. ¿Quizá pensó Garciasol que por aquellas fechas aún era materia censurable una evocación hernandiana con el talante que él la hubiera escrito? Al hilo de otras cartas, sí emerge el nombre del amigo oriolano: “El gran Miguel murió a los 32 años. Él cantó: ‘Me llamo barro aunque Miguel me llame’”. Y en otro momento: “Guadalajara, la tierra del panal estremecido, rumorosa provincia de colmenas”. Y pide que los varoniles versos hernandianos figuren en bronce y piedra en el puente sobre el Henares. Por cierto, Guadalajara fue la tierra sobre la que el ejército republicano hizo correr a los mercenarios de Mussolini. Además, en 1959 y fuera de España, en la revista mexicana *Estaciones* – la de los grandes poetas Elías Nandino, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco... – Garciasol había ya dejado escrito, a lo largo de tres sonetos:

¿Qué te voy a decir, Miguel Hermano,
 tú, Miguel benjamín de los migueles
 -Unamuno, Cervantes-? ¿Cómo dueles
 en esta luz de viernes santo! Cano
 te viste en corazón...
 Ladera eterna de la poesía.
 Miguel: estoy aquí

Correo para la muerte son, Miguel, todas estas cartas que desde aquella madrugada del 28 de marzo de 1942 –enfermería del penal de Alicante- te hemos escrito tus amigos y los de tu poesía, tan hermosa y sincera. Sabemos que escribir es escribirnos, que hablarte es hablarnos, porque te envuelves en la sombra de la nada y la nada ni oye ni contesta, pero de alguna suerte efunde tu recuerdo una luz que nos ayuda y alecciona. Estás con cuanto quisiste, con cuanto quisimos y queremos, en recintos de sueño y pena y nada.

Tú morías y otra guerra cruzaba Europa. Stalingrado resistió frente a las tropas de Hitler. Tu amigo Pablo cantó esa resistencia con su verso macho. Seis millones de judíos fueron liquidados en los campos nazis de concentración. Y Tito -¿te acuerdas de que anduvo entre nosotros, con las Brigadas Internacionales?- unificó Yugoslavia.

Precisamente ahora –cuando escribo: verano de 2003- en el Círculo de Bellas Artes se inaugura una exposición sobre aquella empresa de voluntarios que vinieron desde “muy lejos” –como dice el poema de Alberti- para ayudarnos. Tú cantantes telúricamente a un muerto suyo:

A través de tus huesos irán los olivares
 Desplegando en la tierra sus más férreas raíces.

(No le gustaron esos versos cuasipanteístas al Conde de Foxá, y te llamó Homero Rojo, lo que no sé si es insulto o elogio).

Lo he recordado –y te he recordado- esta tarde. Allá estaban descendientes de aquellos camaradas con lo que convivimos, y Fanny Rubio, profesora que sabe mucho de tu obra; y Marcos Ana, que se ha pasado veinte años en el penal de Burgos. Yo iba con mi nieto. Figúrate: mi nieto, que tiene la edad que tú tenías cuando nos conocimos. Me llevabas ocho años. Nos relacionó Germán Bleiberg, aquel gran poeta de los *Sonetos amorosos* que, con los tuyos de *El rayo...*, caracterizaron la generación del 36. Seguro que recuerdas cómo, en 1938, plena guerra, compartisteis el Premio Nacional de Literatura. Por cierto, ese premio se politizó tanto que, durante cuarenta años de franquismo, se llamó Premio José Antonio. Hasta la llegada de la Democracia no se libró de tan significativa denominación. Más o menos por entonces, lo obtuvo – muy justamente- Félix Grande, un escritor que coincide contigo en el autodidactismo.

En 1960 vino a verme tu hijo, y yo te escribí una carta que se publicó en *Papeles de Son Armadans*, la revista del gran escritor y extravagante ciudadano –y remedo aquello que, en la primera dictadura, se dijo de Valle Inclán- Camilo José Cela. Tu hijo, como todos los jóvenes,

abría una esperanza. Era “hijo de la luz y de la sombra” y lo engendraste hacia la libertad, porque nadie ha cantado como tú la noble lucha de hacerse camino de la especie. Un hijo: una proclamación de aurora. Fue el niño de las “Nanas de la cebolla” –como se titularon luego las que llamaste “Nana a mi niño”- , ese emocionante poema calificado como la más trágica canción de cuna de la literatura española por Concha Zardoya, esforzada mujer de alta poesía que, en 1955 inaugura la bibliografía que te concierne. Pero tu hijo se fue contigo, en plena madurez.

Josefina quedó desolada. “Josefina, hija -¿Por qué, en momentos malos, llamamos “hija” a la mujer amada años y años?- guarda estos papeles que son mi trabajo de dos años y el pan de mañana vuestro”. Se lo dijiste en un estremecedor papelito filtrado entre rejas. Y fue verdad. Ella –sencilla, pero de vivísima inteligencia natural- me decía ingenuamente, aludiendo al soneto “Te me mueres de casta y de sencilla”, que no, que no conseguiste besarla. Ella sabía bien, lo veía con los ojos del alma, que ese rayo era suyo. Íntegra y plenamente suyo. Ya sé que ahora se atribuyen algunas piezas a otra mujer. Pero nosotros no lo creemos: jamás los fríos datos de la investigación erudita vencen al archivo del corazón. Dicen que un ramalazo dramático transe endecasílabos palpitantes. Mas ese sentido trágico del amor llegó a ti desde las brasas del genial libro alexandrino. Aquel que tú recabaste directamente de Velintonia. La poesía no tiene por qué ser trasunto biográfico, aunque nace del alma estremecida.

Contemplando juntos la reproducción del retrato que te dibujó Antonio Buero, comentaba Josefina: “Miguel no era tan guapo”. Buero idealizó tu semblante, y quizá Josefina, desde su entrañable cariño, desde su imborrable recuerdo, estaba más de parte de la definición nerudiana: cara de patata recién arrancada. Vicente y Pablo te conocían bien. Lo declaras cuando dices:

Entre todos vosotros, con Vicente Aleixandre
y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra.
¡Ojo! Con Vicente y con Pablo, no a la inversa.
Pablo te deslumbró: fulgor, ceguera provisional.
Vicente te conformó: con-formando es dar forma, y a ti te dio forma de poeta profundo.

Pero te he citado a Buero y no te he dicho que entró en la Academia y que obtuvo el Premio Cervantes. Dos cosas que también debiste tener tú. De ti habló en su discurso de recepción. Claro que me vas a decir “De las academias, líbranos, Señor”, como reza un verso de aquel genio américo hispano.

La verdad es que te estoy escribiendo una carta al estilo de la que debió escribirte Garcíasol: sales perdiendo, porque él era mejor escritor que yo. Aunque yo llevo más años admirándote y recordándote. Desde que cayó y calló el franquismo se te han dedicado numerosos estudios. Antes, la censura lo restringía. Ya sabes que hubo un punto en el cual, Manuel Fraga, a la sazón ministro del régimen, pergeñó una ley de prensa algo más tolerante, y parece que Franco le preguntó para qué país la diseñaba. El dictador tenía esos sarcasmos.

Uno de los primeros libros –coetáneo del que publicó Concha –fue el de Juan Guerrero Zamora. Volvió sobre el tema, cuando fue posible, para analizar el proceso. Y allí se pudo ver que el acusador –dispuesto a condenarte de una u otra suerte- no se molestó mucho: se limitó a leer el prólogo del pequeño cuaderno *Teatro en la guerra*. De ahí que se fijara en tu condición de comisario político, como en tales páginas se afirma. Más tarde, algunos críticos se aficionaron al eufemismo de “comisario de cultura”. Claro que éstas son pequeñeces, porque la represión no estaba dispuesta a perdonar tu coraje ni tu vehemente entusiasmo. Tú fuiste el gran poeta de la guerra civil, más que ningún otro, porque tu poesía exalta los valores y los sentimientos colectivos. Lo declaraste: “Vivo para exaltar los valores puros de nuestro pueblo y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir”. Esta frase la tomó como lema Vicente Ramos, para abrir el precioso libro que te dedicó. Tampoco te olvidó desde su exilio francés nuestro querido amigo Jacinto- Luis Guereña, al que le editó un estudio Pierre Seghers.

No puedo traer a esta carta toda la crecida bibliografía, pero debes saber que Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira y Carmen Alemany dieron a la luz tus obras completas. Y otros trabajos de Balcells, Urrutia, Díez de Revenga. Todos profesores de Universidad. Ya ves: eres “carne de eruditos”. Y tu paisano Ferris ha novelado tu biografía.

Del panorama español, qué voy a decirte. Creo que te llevarías algunas desilusiones. Salimos de la guerra europea, o mundial que conociste en trance y –caliente o fría- no han dejado de acompañarnos sus secuelas. Cayó el muro de Berlín. El Partido perdió fuelle. Carrillo se hizo –casi- monárquico. Los socialistas se alejaron de los que tú y yo conocíamos, aunque entre los nuevos apareció el político que seguramente preferirías, como yo. Se llama Alfonso Guerra y mira si será inteligente que se ha apartado del poder, como del poder quería siempre apartarse Don Antonio Machado, cuyo busto, por cierto, presidía el despacho ministerial de Alfonso.

Don Antonio, Federico y tú fuisteis las tres muertes extemporáneas e injustas que la Poesía rindió a la guerra civil. Extemporáneas porque ninguno había llegado a una edad suficiente. Injustas porque simbolizáis los tres estigmas de la época: odio, exilio y cárcel.

Y hablando de políticos: te diré que fue ministro socialista Jorge Semprún –el hijo del poeta republicano que tú y yo leímos en su día-. Jorge, en su *Autobiografía de Federico Sánchez* se refiere ocasionalmente a ti, y asegura: “De origen católico y campesino, se expresa con fuerza –y con eficacia poética- todos los tópicos religiosos del culto a los líderes propios de una cultura católica y campesina que ha venido a fundirse con la cultura marxista, pervirtiéndola”. (Te achaca culto a los líderes, y él escribió un largo poema a Stalin). Creo que cae en ambigüedad porque no aclara qué cultura pervierte a cuál. Intenté preguntárselo, pero no me contestó, o mejor dicho, no me hizo caso: ya estaba envuelto en el desprecio que trae consigo la clámide del poder. Afortunadamente, ya no cantan poemas tuyos aquellos cantantes que te esquilmaron “a base de bien”. Explotaron tu valor emblemático de gran poeta de la libertad. Han transcurri-

do varias generaciones y se escribe una poesía más alambicada –también más fría-. Se ha hablado de la “poesía de la experiencia” ¿No era de la experiencia decir:

Moriré como el pájaro, cantando,
penetrado de pluma y entereza
sobre la duradera claridad de las cosas?

También se ha cultivado una poesía gnómica. ¿No es filosófico decir:

Escribí en el arenal
los tres nombres de la vida:
vida, muerte, amor?

En todo caso, tu poesía sigue acompañándonos a muchos. Tú escogiste y elogiaste no sólo a Neruda y Aleixandre, sino a Lorca, Alberti, Cernuda, Prados, Garfias, Machado, Juan Ramón, Antonio Oliver, Antonio Aparicio, Serrano Plaja. Y al poeta revolucionario Raúl González Tuñón, porque supiste percibir el aroma de su rosa blindada. Tú enriqueciste la poesía posterior y muchos jóvenes te siguieron. Personalmente, me permití decir –y perdona la pedantería de la autocita- que si tuviésemos necesidad de reducir a un solo nombre de la poesía social, el nombre sería Miguel Hernández.

Aunque quizá en algún momento tu lógica impaciencia lo dudase, hizo mucho por ti, en la amarga posguerra, José María de Cossío. Fue a pedir la conmutación de tu pena y leyó ante el ministro la “Elegía” a Sijé. Parece que el general Varela se conmovió. (Yo no estoy seguro de si se conmovió por el poema o por saber que el guardia civil Manresa fue “asesinado por los rojos”).

Llevaron tu muerte en el verso y en el corazón Enrique Azcoaga y Carlos Rodríguez Spiteri: dos buenos poetas de nobleza y amistad. (¿Están contigo?). Fueron a verte a la cárcel algunos escritores del Movimiento –se llamaba-. Entre ellos, José M^a Alfaro quien, aunque coautor del himno de Falange, supo eludir el día a día de la política “eternizándose” en la Embajada en Buenos Aires.

Andando los años, le pregunté por aquella visita. Me aseguró solemnemente la falsedad de que te pidieran escritos a favor del régimen. Me añadió que te había visto muy abatido y nada heroico. Me enfadé con él: ¿cómo hubieras estado tú, condenado a muerte y con la mujer y el hijo muertos de hambre? Lo comprendió. Me dio la razón. Te admiraba, créeme.

Como en nuestra juventud, la poesía sigue siendo respirar por la herida, pese a los teóricos y a los semiólogos. Hay quien piensa que hacer poesía no pasa de ser un gesto anacrónico en un tiempo de progreso mecánico, donde se impone la técnica y anda arruinado el humanismo. Pero la paz no es más –hoy día- que un breve lapso entre dos guerras. Y al tremendo dolor del mundo nadie acercará consuelo poético superior a “El soldado y la nieve” o a “El tren de los heridos”, joyas perdurable o rosas inmarcadas de la poesía acogedora del sacrificio de las gen-



tes manipuladas por los rectores del mundo. En un panorama enloquecido y acosado por ambiciones e injusticias, sólo podemos confiar en que nunca falte la voz de un poeta que eleve una palabra de paz y de libertad. Y tú seguirás siendo un ejemplo. Esta es mi manera de verte hoy, al cabo de tantos años, desde este correo para la muerte.

Hace diez años, en tu tierra levantina, junto a tu mar latino donde Rubén quiso decir su verdad en tu mironiana Oleza, celebramos otro simposio en tu memoria. Ojalá dentro de otra década vuelva a repetirse semejante reunión de amigos que no te olvidan y que saben el valor de tu obra. Yo ya no estaré entre ellos. ¡Quién sabe si andaré más cerca de ti! Pero conmigo se habrá ido quien ahora, al sentir entre los labios el temblor de tus versos, siente el suspiro de su propia vida. ¡Miguel, hermano, me agarraré a tu alma, que voy de vuelo!

